



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **Ciencias sociales y procesos políticos en América Latina: Una entrevista con Carlos Vilas [*]**

AUTOR: *José Luis Piñeyro [**]*

SECCION: Entrevistas

TEXTO

JLP: Ya es un lugar común hablar de la crisis del marxismo y lo es aún más con el derrumbe de la URSS y los países del campo socialista. Pero esta crisis en América Latina se dice que es válida no sólo para el materialismo histórico sino también para cualquier otro paradigma explicativo, sea de corte estructural o funcionalista; en fin, cualquiera con intenciones globalizadoras de análisis. ¿Qué influencia tiene el neoliberalismo como corriente académica en esta actitud bastante generalizada entre sociólogos, politólogos e historiadores latinoamericanos, y por qué existe esta intencionalidad no sólo académica sino también política en los ámbitos de educación superior?

CMV: Creo que si alguna incidencia ha tenido en esto el neoliberalismo, ella ha sido sobre todo en la formación de algo así como un clima de opinión, más que una influencia directa. Esto por dos razones: 1) son muy pocos los sociólogos y politólogos que realmente tienen una información de primera mano de los autores clave del neoliberalismo. ¿Cuántos, en América Latina, hemos estudiado, o por lo menos leído, a Hayek, para poner sólo un ejemplo? 2) El neoliberalismo, como cuerpo teórico, enfoca ante todo y casi exclusivamente la economía; las otras ciencias sociales y los comportamientos que no son principalmente económicos, son tratados "por derrame". En este sentido, quiero señalar incidentalmente que veo aquí un determinismo economicista homólogo al que se le critica al marxismo.

Hay en cambio un clima de opinión hegemónico por el neoliberalismo, que gravita fuertemente en esta desorientación actual en buena parte de las ciencias sociales. En lo inmediato, este clima de opinión se ha visto consolidado por el debate del Este. Aquí no tiene mucha importancia discutir qué tiene que ver en términos efectivos el colapso de la URSS y su bloque, con los paradigmas de las ciencias sociales en América Latina. Lo cierto es que de ese colapso los proponentes de la economía neoliberal en sus múltiples variantes -porque el neoliberalismo no es un todo monolítico, sino que admite tendencias, matices y diferencias internas- han sacado argumentos para afirmar algo así como: "El comunismo se vino abajo, derrocado por sus propios pueblos, y lo que se quiere construir a continuación es una sociedad en el libre mercado. ¿Qué mejor prueba de la derrota del marxismo?"

Durante más de medio siglo la URSS y los Estados Unidos estuvieron de acuerdo en afirmar que el "socialismo realmente existente" era realmente socialismo, y que se basaba en la teoría de Marx. Por lo tanto, argumentar en contra de la conclusión que de todo esto saca el neoliberalismo es una tarea ardua. Por lo demás, algunos ex marxistas,

vinculados a los procesos de reformas económicas del Este, opinan exactamente lo mismo. Estoy pensando, por ejemplo, en el economista húngaro Janos Kornai. Kornai fue uno de los más importantes responsables de las reformas emprendidas en Hungría a partir de 1978, orientadas hacia la creación de algo así como un socialismo de mercado a partir de algunas ideas formuladas en las décadas de 1950 y 1960 por Kalecki. Todos conocemos el fracaso de ese intento, aunque no está claro si se debió a lo que conservaba de socialismo, o a lo que introducía de mercado. El hecho es que la evidencia progresiva de que el esquema no funcionaba y generaba más problemas que soluciones -más problemas incluso que el socialismo de Estado al que trataba de mejorar-, fue desplazando hacia posiciones neoliberales a varios de sus promotores, principalmente a Kornai. Hoy, Kornai vive en los Estados Unidos, es profesor en Harvard, y su más reciente libro se titula El camino hacia una economía libre en homenaje, como él mismo aclara en el prólogo, al libro de Hayek El camino a la servidumbre; mientras que el de su mentor es un libro que denuncia el estatismo económico, el del tardío discípulo es una apología del mercado a ultranza.

Debido a que el neoliberalismo es un enfoque y un paquete de recomendaciones ante todo económicas, la repercusión de todo esto en las otras ciencias sociales ha tenido un desenvolvimiento desigual. No hay un enfoque neoliberal en ciencia política, o en sociología, o en historia; por lo tanto es prácticamente imposible reemplazar los paradigmas previos -marxismo, weberianismo, funcionalismo- por otro de tipo liberal. Lo que tiene lugar es simplemente un repudio de aquellos paradigmas por un estado de sálvese quien pueda teórico-metodológico caracterizado, eso sí, por el rechazo a las teorías generales y a los intentos de enfoques y explicaciones macrosociales.

Ahora bien, esto no es de ahora. Antes de que el neoliberalismo se convirtiera en vademécum oficial de los gobiernos latinoamericanos y de sus intelectuales orgánicos, ya teníamos en América Latina lo que alguien llamó la "crisis de los paradigmas". Esta crisis, real o supuesta, afectó al marxismo sin duda, pero también a las otras perspectivas macroteóricas que competían, o convivían con él: el funcionalismo en su versión germaniana, y el weberianismo, cuya difusión y enriquecimiento tanto debe entre nosotros a la obra de don José Medina Echevarría.

Las causas de esto son complejas. Hace algunos años, apuntando exclusivamente al progresivo abandono del marxismo, James Petras difundió un ensayo explicando esto por el hecho de que muchos científicos sociales de América Latina estaban vinculados a centros privados de investigación que recibían financiamiento de agencias gubernamentales europeas socialdemócratas o de los Estados Unidos. Yo critiqué la versión de Petras por simplista y por injusta, pero debo reconocer que Petras ponía por escrito a fines de los ochenta lo que fue la posición de la izquierda académica latinoamericana de los sesenta, respecto de los fondos externos para la investigación, motivada por los escándalos del "Plan Camelot" y del "Proyecto Marginalidad". No descarto que haya gente que define sus líneas de investigación y sus enfoques de acuerdo al cliente para el que trabaja, pero me niego a aceptar que Petras sea el único que puede ganar en dólares sin vender su alma a la CIA.

Creo que el auge del marxismo en América Latina estuvo directamente ligado al clima político e intelectual que se vivía en los principales centros académicos del continente (en México, Chile, Argentina, Brasil), y que a su turno reflejaba muchas cosas juntas, no todas recíprocamente coherentes: el entusiasmo por la recién triunfante revolución cubana, el auge del desarrollismo que era una forma mesurada pero real de cuestionar algunas dimensiones del statu quo, el crecimiento del movimiento estudiantil, los resultados de la movilidad social impulsada por los regímenes nacional-populares, que integraron al sistema educativo superior y a las expectativas de progreso a una generación de pequeña

burguesía, entre otras cosas. El marxismo académico se implantó rápido y con virulencia, desplazando rápidamente de muchas cátedras, e incluso de muchas escuelas y facultades, a las otras perspectivas teóricas. El avance del marxismo se vio favorecido asimismo por el hecho de que en la mayoría de los países de la región carreras como sociología, ciencia política, antropología, eran muy nuevas; por lo tanto era débil también el arraigo de perspectivas de análisis derivadas del funcionalismo o de la sociología de Max Weber. El marxismo se instaló como corriente fuerte en las universidades, apelando así tanto a sus propios méritos teóricos cuanto a las fuerzas extrauniversitarias que podía movilizar. Aunque debo decir que, de todos modos, este arraigo de la teoría marxista fue mayor dentro de las universidades y de los sectores ligados a ellas, que fuera de las universidades, por lo menos en Brasil, México y Argentina.

Por esto mismo, el cambio en el panorama político y social de la región en los últimos diez o quince años, reduce el atractivo o la plausibilidad del enfoque marxista, o marxiano -puesto que también dentro de él existieron y existen múltiples corrientes. Creo que sería importante organizar una conferencia o un seminario para valorar en serio cuáles fueron, o son, los aportes del marxismo a las ciencias sociales en América Latina y al conocimiento de la región. Aquí no voy a intentarlo, aparte de que posiblemente no sea el más indicado. Pero quiero señalar que esta retirada, deterioro, crisis o defunción del marxismo no significó el refloreamiento del funcionalismo, el weberianismo, etcétera, sino esa actitud que señalé antes y que mencionas en tu pregunta, de repudio a todo tipo de paradigma macrosociológico. Pasa lo mismo que en economía: la crisis del marxismo lleva a tirar por la borda los enfoques leninistas del imperialismo, cosa que me guste o no, entiendo. Pero no entiendo por qué, de paso, también se tira por la borda a Prebisch, a Hirschman, a Singer, cuyas propuestas teóricas son bien diferentes.

Me parece que, una vez más, incide en esta actitud de los intelectuales que pasan por este estado de ánimo la situación política y social de la región. La elaboración de grandes paradigmas de explicación global es uno de los frutos que se cosechan en sistemas sociales estables. No por casualidad Comte, Durkheim, Marx, Weber, construyeron sus sistemas en una época en que el orden social se presentaba firmemente implantado, y los grandes pensadores simpatizantes o críticos de esos sistemas se encontraban en control intelectual de las principales variables constitutivas de los mismos. Este no es el caso de América Latina de fines del siglo XX. Aquí, todo se mueve y casi todo cambia, por eso resulta difícil apelar a macro esquemas de análisis e interpretación.

Podríamos pensar entonces que estamos frente a una situación transitoria: hay que esperar que el temporal amaine. Me parece que esta es la posición de muchos, y creo que la comprendo. Lo que no llego a comprender es el entusiasmo actual de algunos colegas por dar a publicidad sus dudas y titubeos en una cantidad alarmantemente creciente de artículos, folletos, notas en suplementos. Me parece que mucho de lo que se discute sobre la crisis de los paradigmas tiene que ver con esa literatura. En la gente que sigue investigando y produciendo, el recurso a enfoques macrosociales es inevitable. De lo contrario: ¿cómo organizar la información? ¿cómo analizarla e interpretarla? Lo que a lo sumo puede pasar es que el rechazo a una teoría macrosocial involucre, no un imposible enfrentamiento directo del investigador, con su espíritu libre de sesgos paradigmáticos, a la pureza inmaculada de los datos, sino la aceptación de contrabando de algún paradigma en boga -por ejemplo, el paradigma de la soberanía del consumidor, de la infabilidad del mercado, y de la primacía moral de la ganancia comercial.

No veo ninguna relación forzosa entre el dejar el marxismo como método de análisis y como teoría de la sociedad, y sumarse al neoliberalismo como propuesta de reordenamiento social. Algunos han hecho este recorrido; ya mencioné el caso Kornai. Pero otros no, y aquí se me presentan los nombres del difunto Roger Garaudy en Francia,

o de Ludolfo Paramio y Manuel Castells en España, o Ernesto Laclau en Inglaterra, para mencionar gente que dejó el marxismo -y algunos de ellos practicaron un marxismo bastante virulento!- en diferentes momentos y con efectos distintos, pero que no derivaron hacia el liberalismo. Más aún, las cosas interesantes y agudas que siguen diciendo contrastan con la trivialidad de lo que se encuentra en los conversos recientes al *laissez faire*.

Para terminar con esta respuesta que ya es demasiado larga, diría que uno de los méritos de la sociología latinoamericana y de sus grandes representantes, es haber sabido conjugar ingredientes de enfoques macroteóricos que en abstracto parecen antagónicos -funcionalismo, positivismo, marxismo, la sociología comprensiva de Weber- para dar cuenta de unas sociedades que no son las que se tuvieron en cuenta en la formulación original de aquellos enfoques.

JLP: Diversos analistas, entre otros Agustín Cueva, han sostenido que el retroceso del marxismo como herramienta analítica no ha sido uniforme para toda Latinoamérica, es decir, en ciertas regiones como Centroamérica (con sus distintas guerras y movilizaciones políticas) la realidad social ha influido para darle a las ciencias sociales un carácter más dinámico, crítico y global. Empero, tengo la impresión de que en otras áreas como es el Cono Sur los diversos procesos de transición a la democracia no han ido acompañados de enfoques globalizadores, esto es, se omiten o subestiman en los estudios de transición las fuentes de poder concretas del viejo orden autoritario como son las fuerzas armadas (incólumes en organización, armamento, ideología y mando), o bien la presencia constante del imperialismo norteamericano con sus intereses diferenciados y variables para cada país de dicha región. ¿Qué opinas de ambos casos y hasta dónde es correcta mi impresión?; ¿cuáles son las causas de las diferencias de investigación en una área y otra?

CMV: En lo que toca a un supuesto auge del marxismo ligado a los procesos revolucionarios en Centroamérica, mi experiencia directa durante todos estos años es que existió, como también existió en esos años el auge de todo tipo de pensamiento crítico o que sirviera para abonar la "crítica de las armas". Más aún, el marxismo que estuvo en auge era fundamentalmente eso: voluntad de cambio de un orden social inicuo y de regímenes políticos dictatoriales. El hecho de que esas revoluciones no se hayan consolidado o no hayan triunfado, no debe llevarnos a reescribir la historia de Centroamérica condonando deudas al somocismo o a las dictaduras militares salvajes de Guatemala y El Salvador. En esas conductas cuestionadoras hubo sin duda marxismo, pero hubo también nacionalismo, liberalismo, teología de la liberación y sobre todo, mucha autenticidad.

Fue un "marxismo" así, entre comillas, que se forjó sobre la marcha, más que como resultado de sesudas reflexiones académicas. En esto estuvieron sus méritos -ante todo, su utilidad práctica y por eso mismo, su arraigo en la gente-, y también sus limitaciones, porque fueron reflexiones que, por la propia urgencia de los acontecimientos quedaban aprisionadas en la dinámica frenética de ellos. No quiero posar de antiintelectual ni hacer la apología de algo que no elegimos, sino que se nos dio así. Nuestros desencuentros con los marxistas formales fueron múltiples, a veces trágicos, otras veces divertidos; hay muchísimas anécdotas que te podría contar sobre esto. Incluso a quienes estábamos metidos en esas experiencias y teníamos una formación teórica anterior, nos costaba adaptarnos a la situación. Pero debo reconocer que muchos de esos marxistas propiamente tales, apoyándose posiblemente más en la intuición que en la teoría, entendieron la situación, y trataron de ayudarnos, como también trataron de ayudarnos todos los que, a partir de otras perspectivas teóricas, compartían nuestra insatisfacción

por el atraso, la dominación externa, la miseria, y nuestra confianza en la capacidad creativa del ideal de justicia.

La fragilidad de los estudios sobre las transiciones democráticas de principios de los ochenta en América del Sur es otra. No tanto la falta de un enfoque globalizador, sino haber presentado con proyecciones teóricas y aspiraciones de generalidad, reflexiones a partir de procesos puntuales y que, ahora, nos damos cuenta, resultaron ser menos sólidos, y haber derivado por derroteros diferentes, a los sugeridos por aquellos estudios. Es cierto que los entronques teórico-metodológicos de la mayoría de esos estudios se refieren más a lo que Merton llamó "teorías de alcance medio" que a los grandes paradigmas sociológicos -que gente como Laurence Whitehead, Alfred Stepan o Guillermo O'Donnell conocen muy bien-. Pero los problemas que estudiaban aconsejaba ese tipo de enfoque.

La debilidad de esos estudios, como yo lo veo, consistió en haber adjudicado valor universal a fenómenos particulares que, además, eran analizados parcialmente. Esto tiene sentido en arqueología: a partir de tres huesitos reconstruimos un dinosaurio e incluso decimos qué comía y cómo se reproducía. Los arqueólogos hacen eso porque usualmente no tienen más que tres huesitos, pero ese no es el caso de los politólogos o los sociólogos. Sin embargo, los estudios sobre las transiciones democráticas, posiblemente por el entusiasmo sincero que suscitó el retorno a sistemas electorales y la retirada mayor o menor de los militares, condujeron a enfoques sesgados e insuficientes de realidades muy complejas. Hace algunos años Arthur MacEwan, un refinado economista de la Universidad de Massachusetts en Boston, formuló la mejor crítica, a mi juicio, a las limitaciones y sesgos de esos estudios: limitación del análisis a los procesos formales, desatención a las inercias y resistencias provenientes de las burocracias y del poder militar, desatención al impacto de las políticas económicas en la generación o erosión de consenso ciudadano, etcétera. Del mismo modo, una de las más agudas críticas al modelo "burocrático autoritario" fue formulada por Albert Hirschman. No es la primera vez que los economistas demuestran conocer la política real mejor que los politólogos.

JLP: Existe una vinculación mediada, no automática ni mecánica entre los variados conflictos políticos y las reflexiones en las ciencias sociales, vinculación que dicho sea de paso, niega el neoliberalismo académico en sus versiones más grotescas. En el plano externo se habla con insistencia del fin de la Guerra Fría en América Latina y del inicio de una nueva era de cooperación y regionalización. No creemos que para el continente haya terminado la Guerra Fría, entendida como la insistencia de los Estados Unidos para mantenerlo bajo su área de influencia exclusiva; ejemplo de ellos son la guerra contra la Nicaragua sandinista o la invasión de Panamá. En lo interno, por más que el neoliberalismo insista en el mar de tranquilidad social reinante, han surgido embates que contradicen tal calma aparente, embates tales como la rebelión militar abortada en Venezuela, la reciente protesta de los familiares de militares brasileños, etcétera. Este nexo de teoría y práctica política sin duda pondrá sobre la mesa de discusión diversos temas. ¿Cuáles crees que serán los temas dominantes en ambos planos?

CMV: En la primera respuesta me referí a algo de esto. No estoy tan de acuerdo con que el neoliberalismo académico niega o repudia la relación entre los conflictos políticos y la reflexión de las ciencias sociales. Por el contrario, es a partir de su particular interpretación de esos conflictos que trata de sentar bases en las ciencias sociales y promover su modo de encarar los conflictos.

En cuanto a cuáles serán los temas dominantes en ambos planos yo diría que seguirán siendo la realidad social y política -nuestra o importada-, y las agencias de financiamiento,

propias o ajenas, las que diseñarán la agenda. Por ejemplo, los temas que, por su ausencia, motivaban críticas a los estudios predominantes sobre la democratización están concitando la atención de las ciencias sociales: perspectivas más complejas sobre la democratización, impacto social y político de los programas económicos, el papel de las burocracias y las fuerzas armadas, entre otros. La temática referida al crecimiento del mundo de la pobreza y de las conductas colectivas referidas a él, otro tanto. Las transformaciones en la relación sociedad/Estado, con todo lo que ellas incluyen: desde las privatizaciones hasta la búsqueda de alternativas a las propuestas neoliberales. En fin, creo que trabajo no falta.

JLP: Por último, en uno de tus ensayos, el titulado "Revolución y Socialismo en América Latina: anacronismo y permanencia", señalabas el pesado fardo del subdesarrollo de Latinoamérica para cualquier proceso político emancipador, así como la estrecha dependencia de los proyectos de liberación nacional del Tercer Mundo de la asistencia de la Unión Soviética y del bloque socialista. Hoy no existe más dicho bloque y esto complica aún más las perspectivas futuras de los movimientos sociales en América Latina. ¿Qué opinas al respecto? No sé si quieras agregar algún otro tema o problema que consideres pertinente dentro del contexto del título de la entrevista.

CMV: Lo primero que debo decir respecto de la crisis del Este es que nadie, ni Ronald Reagan, se la esperaba. Nos tomó a todos de sorpresa, y me temo que buena parte de lo que se dice y se escribe sobre su impacto en América Latina obedece más a esa reacción de sorpresa que a una reflexión sensata. No basta con afirmar que la desaparición del bloque del Este impacta en el hemisferio occidental: eso es obvio. Es necesario avanzar sobre los comentarios generales y tratar de indagar más en concreto de qué tipo de gravitación se trata.

Mi punto de vista es que, en lo que toca a América Latina en conjunto, se registra más en lo que toca al rediseño del sistema global, que en la configuración de aspectos específicos y procesos determinados. En particular, la configuración de un "nuevo orden internacional" cuya morfología recuerda mucho al orden internacional de 1913 e, incluso, al Congreso de Viena. De un lado, las antiguas potencias coloniales: Alemania hegemonizando Europa, Japón en el Pacífico, Estados Unidos en el hemisferio occidental, el viejo imperio zarista tratando de mantener su primacía en el Este a través de inestables alianzas con Occidente; del otro lado, las antiguas colonias y neocolonias. El enfrentamiento -diferenciación, para el neoliberalismo- entre ricos y pobres, modernos y premodernos, ha resultado más difícil de superar que el antagonismo ideológico.

América Latina ha sido siempre una región de importancia marginal para la economía, el comercio y la política soviética. La URSS y los países del Este desarrollaron relaciones comerciales con unos pocos países de la región y en períodos relativamente circunscritos: ante todo, Cuba desde 1959, Perú en la etapa del gobierno militar, Chile durante el gobierno del presidente Salvador Allende, Argentina durante el régimen militar, Nicaragua en la década de 1980; Brasil y México en menor medida. Globalmente consideradas, las relaciones económicas y comerciales con América Latina representaron un porcentaje muy pequeño del intercambio del bloque soviético, y recíprocamente la vinculación con el Este constituyó una porción reducida de los intercambios externos de la región. Desde mediados de la década de 1970 hasta 1985-86 el intercambio comercial en uno y otro sentido representó entre seis y ocho por ciento del intercambio total de cada una de las áreas.

En materia política las cosas no fueron diferentes. Los partidos comunistas de inspiración soviética gravitaron en la política interior de un número reducido de países de la región. En la mayoría fueron una fuerza política secundaria, cuando no marginal. Desde la

década de 1940 las masas latinoamericanas siguieron derroteros diferentes del marxismo soviético. El populismo, la democracia cristiana y algunos movimientos de liberación nacional, han sido los referentes políticos predominantes de las clases populares desde entonces. El anticomunismo fue la ideología a la que apelaron en mayor o menor medida los gobiernos de la región en sus delirios represivos, que siempre se dirigieron contra un espectro amplio de grupos políticos, y no sólo contra los partidos pro soviéticos. Además, si bien el "Tercer Mundo" fue convertido, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, en un espacio de competencia entre Estados Unidos y la URSS, el involucramiento de América Latina en esa competencia fue mucho menor, y más oblicuo, que el de África y Asia. La URSS aceptó las frutas que cayeron en sus manos en ejercicio de una política pragmática de sacar ventajas de hechos ya dados, mucho más que como desarrollo de una estrategia de alterar, en esta región del mundo, hegemonías geopolíticas.

Algunos regímenes que encararon transformaciones políticas y económicas más o menos profundas encontraron en la URSS y el bloque del Este un apoyo que les permitió contrarrestar las presiones y la agresividad de Estados Unidos. Desconocer este hecho es tan oportunista como lo fue la sobrevaluación de esa ayuda que era usual encontrar en la retórica oficial de esos regímenes. La indiferencia inicial de la (ex) URSS no les permitió triunfar cuando contaron con el apoyo popular interno, y la cooperación soviética no fue capaz de prevenir el derrumbe cuando el apoyo interno se perdió. Creo que el sandinismo es un ejemplo gráfico en ambos sentidos.

Esto no significa, sin embargo, que el colapso del bloque soviético sea de impacto irrelevante para nuestra región. El anticomunismo fue el taparrabos ideológico con que Estados Unidos y muchos gobiernos latinoamericanos encararon cualquier intento de transformación social y cambio político de signo popular. Durante cuatro décadas todos fuimos encuadrados en una lógica binaria de comunismo/anticomunismo, forzados a tomar partido en un conflicto que tenía poco que ver con los problemas efectivos de la región. Todo lo que se hizo en el continente durante ese largo período fue enfocado, evaluado y procesado a través de ese tamiz. Fuimos forzados a alinearnos en el conflicto entre superpotencias. La desaparición del bloque soviético, que deja a muchos sin referente político e ideológico, y que nadie esperaba, rompe sin embargo las tenazas que empequeñecieron durante décadas el debate y la dinámica política del continente, y permite la expresión de uno y otra sin rótulos, manuales, dogmas ni determinismos. No sería la primera vez en la historia de la humanidad que un fenómeno inesperado generara consecuencias insospechadas.

La situación de Cuba es, por supuesto, muy distinta. La crisis del Este afecta a cuatro quintas partes del comercio exterior de la isla, al diseño tecnológico de su estructura productiva y al mantenimiento operativo de sus fuerzas armadas. Más aún: el diseño de la estructura económica y política del país, y su articulación externa, se llevaron a cabo de conformidad con un referente que ya no existe. El impacto del "desenganche" no podría ser más amplio ni intenso. La caída vertical de los abastecimientos provenientes del Este por el caos en las economías respectivas; la transacción de las operaciones comerciales en monedas de libre convertibilidad y sobre todo la disminución dramática del abastecimiento de petróleo, han obligado a las autoridades cubanas a introducir medidas heroicas para reducir el impacto del desenganche e identificar líneas de reinserción en el mercado mundial. El "período especial" decretado en 1991 implica una versión muy propia de un proceso de ajuste a las nuevas condiciones externas, orientado por preocupaciones de equidad social y participación colectiva que lo diferencian notoriamente de los ajustes monetarios "ortodoxos". Al mismo tiempo, la exploración de nichos dinámicos en el comercio internacional -industria electrónica, fármacos, tecnología de punta- y el énfasis en el turismo, son visualizados como fuentes generadoras de ingresos en divisas de libre convertibilidad. Las dificultades inherentes a esta amplia reconversión económica y social

se ven magnificadas por la política de la Casa Blanca, que en el último año ha intensificado el embargo comercial, y las presiones políticas orientadas al aislamiento internacional del país.

CITAS:

[*] Investigador del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Humanidades, UNAM.

[**] Profesor Investigador del Departamento de Sociología, UAM-A.